

## Sepultura y cremación

Este artículo fue publicado en la página web “Religión Digital” el 27 de octubre de 2016. Puede verse en:

<http://www.periodistadigital.com/religion/opinion/2016/10/27/con-los-restos-mortales-respeto-y-sentido-comun-iglesia-religion-dios-jesus-papa-cenizas-cementerio-muertos-difuntos.shtml>

### *Abstract*

*What must human being do with the mortal remains of his loved ones? A recent publication of the Congregation for the Doctrine of the Faith offers guidelines on the subject.*

*Key Words: Ad resurgendum cum Christo, eschatology, death, resurrection.*

Lo que el cristianismo sostiene sobre la vida es extraordinario. En el seno más íntimo de todo ser se encuentra el aliento vivificante del amor de Dios, como verdadera savia inmaterial que nutre y fortifica a las criaturas, haciéndoles ser quienes son. Dios crea, conserva y consume a toda su creación como una niña acaricia y cuida al muñeco de trapo que confeccionó con la ayuda de su madre.

En el principio eran unos retazos amorfos. Puntada tras puntada y un algo de relleno y, en pocos minutos, todo era bueno. Fue un beso de la niña quien insufló en el muñeco el aliento vital. El muñeco vive porque la niña le habla con sus cuidados. Le da de comer, lo viste y lo lava. Es la palabra cariñosa la que da la vida. Lo pasea y no lo pierde de vista. Sus ojos de botones refulgen porque recibieron, por gracia, una primera mirada que los encendió.

Así es el universo y el ser humano creado por Dios. Puntada tras puntada. Palabra creadora. Mirada de autocomunicación en amor incondicional. Materia viva, corporalidad habitada por un interior consciente de sí. Pero tan consciente que, desde bien pequeños, nos cuesta un triunfo salir de nosotros mismos y vencer

ese egoísmo tendencioso que nos encadena, como a los niños, a nuestras rabieta cotidianas. Amar es salir de sí. Vivir en la gratuidad y en la lógica del regalo, del descentramiento, del cuidado del prójimo, del refugiado, de la maltratada, del preso y no de nosotros mismos. Como Dios con la creación, como Jesús de Nazaret con sus seguidores, como la niña con su muñeco.

Siendo grande lo que el cristianismo dice sobre la vida es mucho mayor lo que dice sobre la muerte porque desmitifica completamente su carácter definitivo. El amor de Dios nos ha dado, en la creación, una vida sin fin. Una vida inmortal. Una vida eterna. Llegado el tiempo la crisálida se convierte en mariposa. Llegada a nosotros la hora definitiva experimentaremos nuestra particular metamorfosis. Cada uno la suya, pero todos la misma.

La muerte tiene, a la luz de la resurrección de Cristo, un sentido extraordinariamente positivo, porque no es ni final definitivo —aniquilación en el vacío— ni reiteración de la vida terrena —reencarnación circular— ni disolución en el universo como una gota en el mar. La muerte para el cristianismo es un nuevo nacimiento a una forma de vida absolutamente transformada, pero en continuidad con nuestra histórica identidad biográfica. En la eternidad seremos nosotros mismos, pero no lo mismo.

He ahí nuestros difuntos: abuelos, padres, hermanos... El cristianismo sostiene acerca de ellos algo maravilloso. Puesto que fueron concebidos en el aliento creador del amor de Dios han sido también renacidos por su compasivo mirar omnipotente. Como la savia dormida en invierno hace brotar los frutos en primavera, así la inmaterial savia de la vida eterna vivifica invisiblemente al difunto en los campos bienaventurados. Pasaron nuestros seres queridos a través de la muerte como quien recorre un camino incierto y oscuro que, sin embargo, finaliza en la infinitud de un Dios que es vida fecunda, luz incandescente, descanso sin fin. Puntada tras puntada somos rehechos en Dios según el patrón de Cristo. Y nuestros familiares son como mariposas rutilantes que lejos de alejarse de las flores del mundo retornan al contacto con ellas pero ahora al modo divino: como polen inmaterial que poliniza en el bien y en el amor nuestro ser más íntimo. Están eternamente ante nosotros y nosotros en ellos, con Dios, en Cristo,

presentes por el Espíritu y dirigiéndonos miradas y palabras cariñosas que, de vez en cuando, encienden nuestros ojos de botones haciéndonos ver lo invisible, lo que está más allá de las cosas, nuestro más auténtico destino, nuestro verdadero ser allende nuestros retazos de trapo.

Enterrar a nuestros difuntos en sepulturas o nichos sigue pareciendo lo más adecuado. Incinerarlos también está bien. ¿Qué hacer, sin embargo, con nuestra ceniza? Respeto y sentido común. Los restos mortales, mejor que en las casas, están en los cementerios. Esos espacios de soledad, silencio y paz de los que tan faltos estamos en nuestras urbes. Con todo creo que debe imperar en esto el respeto y el sentido común. Hay cementerios realmente desagradables. Hay casas, en cambio, con pulcros espacios de reposo y paz.

Lo mismo sucede con el destino final de las cenizas. Tengamos respeto y sentido. Conozco gente que expandió en el aire, en la tierra o en el agua las cenizas de un familiar, con todo amor y cariño, y sin dar ningún tipo de cabida a panteísmos, naturalismos o nihilismos. Cristianos profesantes de la verdadera fe en la resurrección. ¿No cabe una expresión cristiana de esa expansión que convierte en polvo de la tierra lo que ya lo era según la conocida expresión litúrgica del miércoles de ceniza?

El problema real no parece estar en las cenizas, o en lo que se haga con ellas, siempre que prime la fe en la resurrección y el respeto a los muertos. La dificultad parece residir en las ideas difusas sobre la muerte y la resurrección y en el peligro de que no se atienda con el debido respeto a los restos mortales. Ahora bien: tratándose de cristianos adultos y salvadas estas dos cosas, ¿dónde está el problema?

Más que de una «imperativa» instrucción *Ad resurgendum cum Christo* todos parecemos más necesitados de una iluminadora actualización teológica que nos recuerde, con alegría, misericordia y esperanza, lo que el cristianismo le tiene que decir al ser humano de todos los tiempos: que somos creados con el cariño infantil de los muñecos de trapo, para ser transformados como gusanos de seda en su crisálida, pero, sobre todo, que nuestro destino definitivo es el vuelo eterno de las mariposas. La muerte es

metamorfosis, y con los restos mortales, lo dicho: respeto y sentido común.

Pedro Castelao